

Seguir a Brinton en los dos últimos capítulos de su libro, que le sirven para cerrar el ciclo de las revoluciones en su fase de terror y terrores (términos que se han aplicado siempre de un modo casi exclusivo a la revolución francesa que los hizo nacer, pero que son genéricos de las otras tres revoluciones estudiadas), implicaría, aun limitándonos a comentarios tan breves como los que anteceden sobre los demás, escribir otro tanto. No es posible hacerlo dentro de los límites, ya casi exhaustos, de una nota bibliográfica. Y es pena, porque son quizá los dos capítulos más llenos de sugestión y más aleccionadores sobre el tema. Y la moraleja del terrores podría ser bien sana para recapitular sobre muchos acontecimientos de todos conocidos.

Trunca como queda aquí la exposición anterior, no es más que el esqueleto del libro, un frío, casi abstracto esqueleto de las ideas resultantes. Pero la anatomía no se ha limitado nunca al mero esqueleto del cuerpo, sino que ha procurado abarcar la rica complejidad de todas y cada una de las partes que lo constituyen. Y lo que la nota no es en ese sentido, lo es en toda su plenitud el libro de Brinton, porque éste ha sabido rellenar ese esqueleto que aquí entregamos, con tal cantidad de datos, anécdotas, ejemplos y comparaciones, que el cuerpo de la revolución queda cabal y entero aun para el más exigente de los cirujanos. Y para quien se asuste de los libros sociológicos, diremos que Brinton une a su seriedad científica a machamartillo, un fino sentido del humor que hace agradable y amena la lectura del suyo, tan sociológico.

F. GINER DE LOS RÍOS

JEREMIAS BENTHAM Y JOSE CECILIO DEL VALLE

Resulta muy útil hallar las fuentes en que abrevaron los forjadores de las nacionalidades que hoy en día componen el próspero Continente Americano. Dar con el viejo vivero de donde se trasplantó el arbolillo del pensamiento, que se recreó hasta fructificar sobre nuestro generoso suelo, es tarea indispensable para penetrar en el mundo de la idea constructiva más importante del siglo pasado.

He aquí que la inextinguible actividad de Rafael Heliodoro Valle,¹ recoge, acota y publica el epistolario cambiado entre José Cecilio del Valle

1 VALLE, RAFAEL HELIODORO. *Cartas de Bentham a José del Valle*. México, D. F., Editorial "Cvltvra", 1942.

y Jeremy Bentham, para lograr dos cosas a la vez: primera, descubrir la raíz de la ideología que presidió la acción determinativa de los destinos de América —almáciga de hombres y nacionalidades— frente al mundo maduro y sapiente del otro lado del Atlántico, y segunda, demostrar cómo uno de los altos pensadores de la última centuria —Bentham— comprendió, estimuló y admiró la acción de los constructores de patrias americanas, en la ilustre personalidad de don José Cecilio del Valle.

Poco tiempo antes de que el prócer criollo pusiera punto final al más trascendental documento de la historia de Centroamérica —el acta de su independencia política— inicia su correspondencia con el judío inglés creador de la humanísima doctrina filosófica conocida mundialmente con el nombre de “Utilitarismo”, que consagra la mayor felicidad para el mayor número.

Es claro, pues, que Valle fincó su ideología sobre la escuela filosófica de Jeremy Bentham, autor que cobró en su época gran influencia sobre el pensamiento de los que se empeñaban en transformar la ruinoso estructura de aquellas sociedades.

Principia este luminoso intercambio de cartas cuando Valle ha cumplido cincuenta y un años —1821— y cuando ya ha forjado en sí mismo el más recio prestigio de la historia centroamericana. Termina con la senectud que obliga a Bentham —1829— a hacer todo de prisa... (“*pues estoy en mis ochenta años de edad y el temor de morir antes de que esté concluido mi Código, actúa sobre mí como el látigo sobre un caballo*”).

Las cartas cargadas de pensamientos elevados y de ideas constructivas, contienen muestras de la respetuosa admiración de don José Cecilio por el anciano pensador israelita, a quien llama *padre*. Bentham, por su parte, trata a Valle con la grave cordialidad del maestro al discípulo aventajado y quizás preferido, a pesar de su devoción por otro americano: el argentino Bernardino Rivadavia. Del centroamericano pide el inglés informes y puntos de vista, a la vez que otorga discretamente consejos y enseñanzas sabias.

La afabilidad en la correspondencia va en aumento: Bentham obsesiva a Valle con sus trabajos. Don José Cecilio al agradecer tan significativa atención, le dice: “*Sus obras le dan el título glorioso de legislador del mundo.*”

Más tarde Valle envía a su amigo de ultramar una colección de monedas de oro y plata de las corrientes en Centroamérica.

A medida que los dos pensadores realizan la comunión de la amistad, vâense descubriendo mutuas virtudes, capacidades y excelencias. Datos elo-

cuentísimos para la biografía de José Cecilio del Valle, ineludible en la historia de América, son los conceptos de Jeremy Bentham, quien asegura que de poder hacer milagros, formaría de la personalidad de Valle una trinidad, para poder tenerlo a la vez en Estados Unidos del Norte, en Inglaterra y en Centroamérica, donde resulta indispensable para salvar la vida del flamante Estado.

La publicación de estos importantes documentos reafirma el crédito que su compilador y acotador se ha ganado hace años. La verdadera historia de este Continente —hoy en día en plena gestación— es de nuevo una deudora del incansable, del agudo y del talentoso investigador don Rafael Heliodoro Valle.